



María Lejárraga



LEALTAD

PALABRAS LEÍDAS EN EL HOMENAJE A
MARIANA PINEDA

Celebrado en Madrid, el 6 de Junio de 1931

María Lejárraga

LEALTAD

PALABRAS LEÍDAS EN EL HOMENAJE A
MARIANA PINEDA

Nuestro agradecimiento a la familia Lejárraga por el minucioso trabajo de recopilación que vienen realizando y por el trato amable con el que siempre facilitan la labor de quienes pensamos que las palabras de María Lejárraga han de brillar con luz propia, lejos ya el silencio y la oscuridad que, por demasiado tiempo, ha amordazado el pensamiento de las mujeres.

© de esta edición 2003. Instituto Andaluz de la Mujer.
Junta de Andalucía.

© 1931. María Martínez Sierra

Edita: Instituto Andaluz de la Mujer
Diseño y Maqueta: Fabiola Garrido
ISBN 84-7921-095-8
Depósito Legal Gr-676-03.

Mariana Pineda vivió la pasión de la libertad, porque pasión quiere decir a un tiempo sufrir hondamente y desear exaltadamente. Ella nos ha enseñado a las generaciones posteriores que la lealtad a unos principios de vida se alza como un valor humano fundamental, aunque lleve, con demasiada frecuencia, como compañeras de viaje, a la soledad y a la incompreensión.

Las reflexiones de María Lejárraga en torno a la figura de Mariana Pineda forman parte del hermoso recorrido de la libertad. Con su edición, el Instituto Andaluz de la Mujer y el Ayuntamiento de Granada rinden homenaje a una granadina que, con su nobleza y su humanidad, supo bordar -en su propia historia y en la historia de todas las mujeres- palabras que hoy -con la misma fuerza de siempre- reclaman su derecho a ser mayúsculas: LEY, LIBERTAD, IGUALDAD.

Asunción Jódar Miñarro
Concejala de la Mujer
y de Relaciones Institucionales.
Ayuntamiento de Granada

Teresa Jiménez Vilchez
Directora del Instituto
Andaluz de la Mujer.
Junta de Andalucía

Amigos todos:

Estamos aquí reunidos para dos fines: conmemorar la fecha de la muerte en el cadalso de Mariana Pineda; recoger recursos con que contribuir al remedio de los tan definitivamente faltos, no sólo de bienes materiales, sino de posibilidades de ganar la vida, que tienen que acudir para no morir de hambre a una institución de caridad.

Una mujer murió en plena juventud condenada a la última pena sin haber cometido delito; un crimen de la autoridad. Muchos seres humanos sin pan y sin trabajo viven muriendo condenados a la pena infamante de la miseria; un crimen de la sociedad. Dolores que se unen a través del tiempo. De la memoria del sufrido hace un siglo, pretendemos sacar porcioncilla de transitorio alivio para el que ahora mismo sentimos candente y urgente. Solidaridad del sufrimiento. La más eficaz para lograr el triunfo de la justicia. El padecer es el motivo del anhelar. Pasión quiere decir a un tiempo sufrir hondamente y desear exaltadamente. No lo olvidemos en este instante de anhelo exasperado.

España, después de años y años de desesperanza, había caído -al parecer- en la sima negra del no desear; ahora, derribada la puerta, sobre cuyo dintel estaba escrito: “¡Vosotros los que entráis, dejad toda esperanza!” ha resurgido en la voluntad española el anhelo de la Justicia. No basta. Si

la hemos de lograr, tenemos que padecer por ella. El momento de exaltación gozosa que nos ha dado la liberación del viejo yugo, debe ceder ya el paso a las horas largas del esfuerzo penoso y consciente para alcanzar la libertad, de la cual no tenemos aún más que la promesa.

Quiero repetir esto para que no se nos olvide. No es lo mismo haber derribado la injusticia que haber implantado la Justicia. Se hundió la cárcel. Ya es algo. Ya es mucho. Pero ahora, en el solar, hay que plantar el huerto. ¡A trabajar, pues, obstinadamente!

No quiere esto decir que en el trabajo, en el esfuerzo que como deber categórico se nos impone, hayamos de renunciar al gozo que tan intensamente hemos sentido. Al contrario. Trabajemos cantando, si es posible, y no se nos olvide el reír a la hora del labrar. Suprimamos y aborrezcamos las austeridades innecesarias. No todas las embriagueces se han de dejar para las vendimias.

Muchos de los llamados a la tarea tenemos ya el cabello gris; lo cual quiere decir que muy probablemente no alcanzaremos la hora del recoger. Si no nos alegramos al sembrar, ¿para cuándo nuestra alegría?

Perdonad el sermón. Aunque conmemorando una negra tragedia de injusticia estamos en una fiesta. Pero, ¡es tan difícil en estos momentos resistirse a la tentación de predicar un poco en cuanto sentimos que alguien nos escucha!

Hablemos de Mariana Pineda, puesto que en su memoria nos hemos congregado. No os voy a hacer la historia de su muerte, que es la que da valor y sentido a su vida. En estos días, ha sido actualidad su persona en el comentario nacional. Su figura ha ocupado largo espacio en la Prensa gráfica. Todos sabéis de ella tanto como yo.

Murió esta mujer ajusticiada por un doble motivo: haberse unido de corazón a los defensores de una causa política y no consentir en traicionarlos; haber ejercido heroicamente su perfecto derecho de hembra, a no dar su persona a hombre a quien no hubiera dado su amor. Por eso, aunque indudable heroína en la historia de la Libertad, puesto que por la libertad se alzara la bandera que ella quiso ofrendar y que fue el pretexto legal de su proceso, yo creo que debemos exaltarla y reverenciarla esencialmente como heroína de la lealtad.

¡Es tan difícil a la flaqueza humana guardar fidelidad a aquéllos con quienes se soñara triunfar, cuando se les ve derrotados y huídos! ¡Es tan áspera, oscura e impopularmente heroico seguir levantando la voz por la causa perdida! ¡Aun cuando no vaya en ello la vida, sino el mero provecho material o la ni siquiera material vanidad de sentirse aprobado por la opinión que triunfa! ¡Es tan fácil, tan fácil hacer traición! ¡Es tan imperiosa tentación, hasta en los que creen amar, renegar del Amado y del Maestro, cuando el maestro se convierte en reo!

Y cuando Mariana Pineda cayó en manos de la inicua justicia, la causa a que ella diera acogida en su corazón, estaba, al parecer, definitivamente derrotada y pisoteada. Era uno de los muchos momentos de triunfo de la tiranía; el bien pensar, el orden, la virtud oficial estaban, ¿cómo no?, de parte del tirano triunfante. Las monjitas, en cuya casa buscó la perseguida refugio y encontró cárcel, sin duda, la miraron con piedad, pero con piedad reprobadora, como a oveja manchada y perdida... No le faltó, sin duda, en su pasión ni el alfilerazo, inevitable para todo el que va contra las Potestades de la tierra, del “haberse alejado de Dios”.

¡Vende, y te salvas! ¡Reniega, y eres libre! Le iba la

vida. Se la prometió a cambio de unas pocas palabras delatadoras y, callando, renunció su derecho a seguir viviendo. Y aún no tenía veinte años... Y era el mes de mayo. Y era Andalucía... Lo cual quiere decir que todos los estímulos, primavera, juventud, claridad, aromas y tibiezas, inquietud de la savia que sube, del anhelo que estalla al abrirse las flores de todos los rosales, le gritaban desesperadamente: ¡Vive!

Y tenía dos hijos... “A sus hijos le ponen delante - dice el lamento popular rimado en su honor -; a sus hijos le ponen delante por ver si algo pueden conseguir...”

¿Conseguir qué? Conseguir que entregase a la justicia inicua los nombres de aquéllos que de ella fiaron... ¿Hay más endemoniada forma de tortura? La inocencia, clamando con la voz quemante de la entraña, contra el deber ¡tan frío! de la lealtad. ¡Y la lealtad triunfa! Cierra los ojos para no ver a los que va a dejar huérfanos y mendigos. Se muerde los labios para no traicionar... “Y responde ella, firme y constante: ¡No declaro; prefiero morir!”

Es de pensar -no falta quien diga, queriendo restar quilates a esa firmeza y a esa constancia-, que entre aquéllos a quienes no quiso traicionar, hubo uno para ella muy amado... Es muy posible... es más... sería inverosímil que no le hubiese habido.

Casi siempre, en toda causa más o menos abstracta por la que una mujer se sacrifica, hay un hombre que a sus ojos la pueda personificar... ¡Es verdad! A tan miserable condición negativa, hemos estado, casi hasta ahora mismo, sujetas las mujeres, que casi todas nos hemos visto obligadas a vivir nuestros sueños en cabeza ajena... Ésa es, precisamente, una de las raíces del delirante amor de la madre hacia el hijo, varón en cuya esperanza pone, inevitablemente, todo

lo que ella no ha podido atreverse a esperar...

Es así: en todo sueño generoso de mujer suele haber un hombre, pero, cuando llega la hora de pagar, aunque en cabeza ajena haya soñado, con su propia cabeza paga el sueño propio y el de los hombres en quienes le fundó...

Al recordar a Mariana Pineda, pienso en Manón Rolland, también ajusticiada por causa política, que también subió sola al patíbulo... Porque éste es otro gran dolor que añadir a la pasión de Mariana Pineda... dolor que los hombres pueden admirar, pero que sólo las mujeres podemos comprender y sentir como nuestro.

Mientras con fortaleza femenina callaba para salvar a varios, sin duda con esa desatinada esperanza que en el milagro masculino ponemos todas las mujeres, esperó que el hombre a quien amaba, viniese, ya que no a salvarla, a morir con ella... Esperó... y desesperó... ¡Y no vino nadie! ¡Y no llegó ni una palabra -la que toda mujer está esperando siempre- a la soledad de su calabozo...!

No penséis ni un instante que, al afirmar mi creencia en este secreto motivo de humano apasionamiento, intento yo también rebajar la gloria que cabe a nuestra heroína en la libre elección de la causa que la llevó a la muerte. No sé cómo los hombres pueden amar, pero sé que ninguna mujer pone su amor en hombre que no responda esencialmente a su peculiarísima modalidad de espíritu. Aunque otra cosa se crea y se afirme, la mujer no se deja contagiar la idea por el hombre que la atrae, sino, por el contrario, se siente atraída, consciente o inconscientemente, por el hombre capaz de defender la causa que es, en ella, sentimiento innato.

La calidad de un alma de mujer la dan a conocer, precisamente, sus simpatías -amores, amistades, complicidades- sus atracciones y sus elecciones en el opuesto campo

masculino. Todos los hombres que una mujer acerca voluntariamente a su corazón o a su entendimiento se parecen siempre en algo esencial: el algo sin el cual ella no hubiera podido amarlos ni estimarlos. Y todos ellos son como el espejo en que va retratada su conciencia. Al preferir, proclama la ley por la cual se rige y descubre el secreto de su ética más honda.

Mariana Pineda amaba esencialmente la idea de la libertad. Estuvo casada con un hombre liberal exaltado. Viuda, dió su amistad, su complicidad entusiasta a otros, defensores de la misma causa. Su espíritu gallardo, liberal y animoso, dió su medida en sus preferencias. Bajo, codicioso, cobarde, hubiese encaminado su querer, no al conspirador, sino al "Alcalde del Crimen", el nefando Pedrosa, a quien no pudo amar y, en lugar de querer bordar en la bandera, con letras del color de la esperanza, las palabras: *Ley, Libertad, Igualdad*, hubiese perfilado en estandarte, con los colores del tirano, el lema adulador y conveniente: *¡Vivan las cadenas!*

Murió Mariana Pineda, serenamente heroica, con naturalidad casi sonriente -también como Manón Rolland-, con esa sublime inatención a la muerte, esa inhibición del momento que han mostrado tantas mujeres en el trance tremendo y que tan hondamente difiere del heroísmo altivo y consciente con que acostumbran a salir al encuentro de la inmortalidad los hombres que saben morir.

Parece como si el varón que muere por una causa que cree justa, sintiera el precio de su sacrificio y ofrendara la vida con arrogancia y con esperanza, atento hasta el último instante y hasta el último gesto a afirmar ese "yo" que voluntariamente entrega en manos del verdugo. Muchas mujeres han sabido morir, y casi todas saben sufrir como si estuvieran pensando en otra cosa.

Esa “otra cosa” en que están pensando, o tal vez -no seamos demasiado orgullosas-, tal vez confusamente sintiendo las mujeres en los momentos decisivos del vivir, del sufrir, del morir, del dar la vida, esa “otra cosa” es, en mi opinión, el gran secreto que aún queda en la tierra por descubrir, la gran aportación que las mujeres han de dar al progreso de la Humanidad, al perfeccionamiento de la vida humana.

Poca cosa hemos hecho hasta ahora en la obra pública y común. Poca responsabilidad nos cabe, ¡gracias a Dios!, en el planteamiento y establecimiento de los artificios sociales que llevan el nombre de civilización. Poco hemos hecho, y, según afirma la tolerancia de los hombres, nuestro mejor trabajo en la ciencia, en el arte, en la política, ha sido siempre de calidad siquiera levemente y conmovedoramente inferior.

Es posible. ¡Es seguro! Aceptamos con la frente muy alta la positiva inferioridad de nuestra obra... Hay un porqué. Hasta ahora, todas las mujeres que, por necesidad de ganar el pan o por orgullo de no deber el pan al sudor de un varón, nos hemos lanzado al trabajo público, hemos tenido que trabajar como hombres, ya que únicamente los oficios de hombre podían asegurarnos el pan.

Hemos trabajado, pudiéramos decir, contra naturaleza; hemos puesto nuestro esfuerzo en tareas que, la mayor parte de las veces, hemos sentido absurdas, superfluas, contrarias a la ley esencial de la vida... Y así, ¿qué fuerza, qué empuje, qué centella de originalidad hemos podido dar a nuestra obra?

El porvenir nos vengará, porque nos ha llegado nuestra hora. No como reivindicación..., no hay por qué... ¿Íbamos a exigir que los demás nos comprendiesen cuando aun no nos habíamos comprendido nosotras mismas? No como

venganza, ¿de qué? En las injusticias evidentes con que nos abruma el derecho escrito por el hombre, si hemos sido víctimas, también, en cierto modo, hemos sido cómplices, satisfechas en abrumadora mayoría, con la pasividad que nos libraba del peso de la responsabilidad. Como Esaú, la mujer ha vendido la primogenitura por el plato de lentejas...

Nos ha llegado nuestra hora, sencillamente, como despertar. Esa "otra cosa" en la que parecemos estar siempre pensando y que, desde luego, siempre estamos sintiendo, ahora mismo empezamos a darnos cuenta de lo que es y, o mucho me engañan esperanza y deseo, o poco ha de tardar en salir a luz y en afirmar la parte que le corresponde en el buen gobierno de la especie humana. ¡Haremos de aquí en adelante obra de mujer, la que creemos necesaria, la que entrañablemente sentimos conveniente, y entonces será nuestra y será grande!

De esto habría muchísimo que hablar, pero lo dejaremos para otro día.

Antes de separarnos y puesto que estamos reunidos para recordar, no sólo la lealtad de una mujer, sino la iniquidad de que fue víctima, quisiera que pensásemos un poco en lo muy fácilmente que podemos todos los seres humanos caer en iniquidad en cuanto tenemos en la mano un poco de autoridad. Hasta los generosos, hasta los puros, hasta los que tienen hambre y sed de justicia.

El que hace propia una causa, a fuerza de amor, la convierte en santa, y en su deseo apasionado de hacerla triunfar perdiendo la serenidad ante la oposición de buena o de mala fe que le hacen los enemigos, cuando la ve realmente amenazada siente el impulso, casi irrefrenable, de defenderla hasta por malos medios. Y si tiene el poder en la mano, a veces encuentra justificada la claudicación por la necesidad

y se decide a valerse de procedimientos injustos para defender la causa de la justicia.

La posesión de la autoridad y el ejercicio del poder desmoralizan inevitablemente, no por maldad de quienes los ejercen, sino por pereza mental y por cansancio, también inevitables. Como el mandar es decidir a cada instante, la voluntad se rinde en el esfuerzo... Y hay que triunfar... y hay que seguir luchado... Vencer, estableciendo la justicia, es difícil y lento... Dominar, empleando la autoridad, es fácil, y parece, de momento, eficaz. Es tan humano, ¿quién no le ha sentido?, el deseo de suprimir al adversario.

Parece, aunque es mentira que, desaparecido el rebelde, se ahoga la rebelión; que, suprimido el protestante, se hundirá la protesta. Cientos de veces ha demostrado la historia del hombre, sobre la tierra, que la Humanidad vive sus causas por sí misma, no ya colectivamente -eso es poco-, sino orgánicamente, y que los hombres que suscita para defenderlas no tienen más valor, por muy nobles que sean, que el accidental de una luz, encendida en la noche, para indicar la marcha y el camino; si ésta se apaga, otra, u otras muchas, se encenderán...

Esto lo sabe todo el que se ha parado a pensar un instante... Y, sin embargo, es muy posible que, hasta los devotos del hondo pensar, hasta los leales del justo querer, llegada la hora -que tantas veces llega- del peligro urgente, se dejen alucinar por el espejismo de la fuerza y se decidan a emplear el arma que su conciencia reprueba...

Todos estáis en este momento pensando conmigo en la pena de muerte... Un Gobierno de hombres honrados no debe, ni un instante, consentirse a sí mismo la posibilidad legal de emplearla. Cuanto más noble un hombre, más humano, y cuanto más humano, más humilde. Todos podemos,

hay que reconocerlo humildemente, caer en tentación: de pánico, de angustia, de ira, ante la mala fe del adversario, ante la posible traición del compañero...

Mariana Pineda, víctima de la autoridad tiránica, murió en el cadalso. En su nombre podemos exigir que se suprima de una vez para siempre, en España, la pena de muerte. Pienso que éste es buen medio de honrar su memoria.

El pueblo español, al proclamar su segunda República, puso en los balcones oficiales, junto a la bandera tricolor, los retratos de dos ajusticiados. La República reconoció a sus mártires, los que dieron la vida por hacerla llegar; ahora que ha llegado, es preciso que renuncie a hacer víctimas. Tiene enemigos, ¿cómo negarlo? Tendrá que defenderse, ¿quién lo duda? Caigan peleando los que hayan de caer, si acaso no es posible evitar la hora negra de la violencia; pero nada más. La Libertad no puede permitirse suprimir al contrario por mano del verdugo. No es faltando al derecho natural inalienable como ha de establecerse lo que creemos justo.

Bien sé yo que este anhelo de todas las mujeres -guardianas de la vida- le comparten los hombres que hoy forman el Gobierno de la República española. Ya sé que desean borrar del Código la escalofriante posibilidad, pero, ¿por qué esperar? ¿Por qué conservar entre las manos el arma que aborrecen?

En memoria de Mariana Pineda, muerta inocente en el patíbulo, pedimos al Gobierno provisional que, provisionalmente, es decir, para mientras ejerza autoridad, decida y decreta: No más pena de muerte, como sanción de delito ninguno, ni civil, ni militar, ni de orden público.

Respetuosamente le rogamos que, reconociendo la posibilidad de equivocarse y de apasionarse, que es casi inevitable en el ejercicio de la autoridad, renuncie a la posible tentación de suprimir al que delinque, al que disiente, al que en la calle clama por un derecho que cree justo.

No más patíbulo, no más fusilamiento, no más bala perdida de una descarga que, a ciegas, va buscando una víctima entre la multitud.

María Lejárraga
//

*Esta conferencia se terminó de imprimir
en los Talleres de Gráficas Granada,
en conmemoración de la apertura del
Centro Europeo de las Mujeres
"Mariana de Pineda", un espacio
para la libertad y la igualdad,
sito en la calle Águila, número 19.
Granada, veintiuno de abril de 2003*



Instituto Andaluz de la Mujer
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA



AYUNTAMIENTO DE GRANADA
Concejalía de la Mujer